

EVANGELIZACIÓN Y CATEQUESIS

*Mensaje a la Asamblea diocesana de catequistas
Concordia
25 de noviembre de 2006*

Queridos catequistas:

¡Dios los bendiga por el generoso y desinteresado servicio que prestan en las comunidades para que nuestros hermanos conozcan y amen a Jesús, y así en Él tengan Vida! La tarea de ustedes a veces no es suficientemente valorada, pero oramos para que se mantengan “firmes en la esperanza” y siempre obren “con fervor misionero”.

Ha quedado atrás la “cristiandad” como realidad social. Vivimos un proceso de *secularización*, que se aprecia particularmente en la falta de transmisión de la fe en las familias, y en los demás elementos destacados en el capítulo 2° de *Navega Mar Adentro* (“*Los desafíos*”). Vemos, como Iglesia, *la necesidad de una respuesta evangelizadora y catequística profundamente renovada y actualizada*.

Entre las “*Acciones destacadas*” que nos plantea NMA, cap. 5, la segunda toca particularmente a nuestra misión de catequistas: “*Acompañar a todos los bautizados hacia el pleno encuentro con Jesucristo*”.

En NMA se dice:

“Es necesario orientar los esfuerzos pastorales *para que cada bautizado pueda vivir plenamente su dignidad de hijo de Dios y, aun en medio de una existencia muy dura, experimente la alegría de pertenecer a la Iglesia*” (91).

“La caridad pastoral de la Iglesia, que entre sus recursos cuenta con una gradual pedagogía, tiene la misión de conducir a sus hijos hacia una vida cristiana plena. En efecto, muchos no participan en la vida de las comunidades cristianas, debilitándose su sentido de pertenencia y el crecimiento en la fe. Ante esa realidad de fragilidad espiritual, cada vez más acentuada, tenemos que poner un particular empeño para que, *mediante un vigoroso anuncio del Evangelio, ningún bautizado quede sin completar su iniciación cristiana*, facilitando la preparación y el acceso a los sacramentos de la Confirmación, la Reconciliación y la Eucaristía. Con suave pero firme persuasión pastoral, hemos de invitar *a participar de una vida cristiana que se distinga por el arte de la oración, y ponga su mirada en alcanzar la plenitud de la participación eucarística, sobre todo en la celebración dominical*” (92).

Este planteo nos ha llevado en nuestro *proceso pastoral diocesano* a proponernos “*alentar y sostener una más orgánica y vigorosa acción evangelizadora*” (NMA, 1), para lo cual hemos de buscar un verdadero ardor en nuestra catequesis de iniciación.

Evangelizar es un proceso que parte de la transmisión de la fe mediante el

anuncio de Jesucristo vivo, “camino para la conversión, la comunión y la solidaridad” (Cf. *EiA*, 3).

Esta tarea evangelizadora es de toda la Iglesia, “su dicha y vocación propia”, como dijo Pablo VI (*EN*, 14).

Es necesario instalar en nuestra praxis pastoral un proceso evangelizador integral. Del mismo la catequesis de iniciación es un momento primordial, tanto para los niños como para los jóvenes y adultos. (Cf. *CT*, 1).

El *discipulado cristiano* parte de un **momento kerigmático** en la evangelización, de un *primer anuncio de Jesucristo*. El kerigma es necesario para *suscitar la fe en Él*, recordando que la fe siempre es obra e iniciativa de Dios, pero que su nacimiento y crecimiento necesita de nuestra “siembra”. Quien aún no ha recibido el Bautismo, comienza su catecumenado.

Hoy no debemos suponer esta fe en muchos de nuestros catequizandos, sean niños, jóvenes o adultos. Esto implica que toda la catequesis debe ser kerigmática y continuamente deberá estar insistiendo en esta experiencia de *encuentro personal con Jesucristo* (Cf. *DCG*, 60-62).

El proceso evangelizador sigue mediante el camino de la iniciación en la vida cristiana, en sus diversas formas. Se busca fundamentar la fe, hacerla madurar, formar un cristiano integral que viva profundamente el misterio de Cristo en la comunión de la Iglesia, centrando su vida en la celebración Eucarística. Es el **momento catequístico** de la evangelización.

La *finalidad de la iniciación cristiana* es introducir en el misterio de Cristo y en la vida de la Iglesia mediante la comunicación de la fe (contenidos), la celebración litúrgica (iniciación al culto cristiano, sacramentos), la orientación de la vida moral (vida en Cristo), y la práctica de la oración (vida espiritual).

“La catequesis es formación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana. En virtud de su misma dinámica interna, la fe pide ser *conocida, celebrada, vivida y hecha oración*” (*DCG*, 84).

“El fin definitivo de la catequesis es poner no sólo en contacto sino *en comunión, en intimidad con Jesucristo*. Toda la acción evangelizadora busca favorecer la comunión con Jesucristo. A partir de la conversión "inicial" de una persona al Señor, suscitada por el Espíritu Santo mediante el primer anuncio, la catequesis se propone fundamentar y hacer madurar esta primera adhesión ... La comunión con Jesucristo, por su propia dinámica, impulsa al discípulo a unirse con todo aquello con lo que el propio Jesucristo estaba profundamente unido: con Dios, su Padre, que le había enviado al mundo, y con el Espíritu Santo, que le impulsaba a la misión; con la Iglesia, su Cuerpo, por la cual se entregó; con los hombres, sus hermanos, cuya suerte quiso compartir” (*DCG*, 80-81).

Seguirá este proceso mediante una progresiva integración del discípulo del Señor en la vida de la Iglesia, madurando y llevando a plenitud su vida de fe, participando en los sacramentos, asumiendo responsabilidades en la comunidad, compartiendo la fe con

sus hermanos, dando testimonio de ella a los demás, comprometiéndose en la construcción del Reino, tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Es el *momento pastoral* de la evangelización, de la *práxis comunitaria, social y misionera*.

Siendo la catequesis una actividad pastoral de la Iglesia, la misma no puede aislarse de la *vida eclesial comunitaria*; más aún, debe responder y estar enmarcada en un proyecto de pastoral orgánica, en profunda comunión con los pastores (obispo, sacerdotes), primeros catequistas. Mucho de la esterilidad de nuestra catequesis se debe a la ausencia de una comunidad que acoja y acompañe el proceso de crecimiento en la fe (Cf. CT, 24).

La comunidad cristiana es origen, lugar y meta de la catequesis (DCG, 254). Por lo tanto, toda la comunidad eclesial (diócesis, parroquia, comunidad barrial, escuela, movimiento, etc.), deberá involucrarse en esta tarea. En especial, y de un modo interrelacionado, la familia, como pequeña Iglesia doméstica, primera comunidad de vida cristiana para muchos, y la comunidad parroquial, donde se vive la experiencia de ser “familia de Jesús”.

Los momentos kerigmático, catequístico y pastoral de la evangelización no son aislados, sucesivos o excluyentes, sino que se impregnan y enriquecen mutuamente, son complementarios. Nuestros catequizandos son bautizados, pero la ausencia de fe y de vínculos eclesiales exigirá a veces modos catecumenales de itinerario catequístico. La Nueva Evangelización reclama para muchos el primer anuncio para la adhesión inicial de fe a Jesucristo. El primer anuncio parte de la comunidad organizada y ordena a la comunión, la adhesión de fe conduce a los sacramentos y suscita iniciativas de apostolado. No se deberá separar la catequesis de la celebración litúrgica, dado que es una de las dimensiones esenciales de ella.

La *catequesis de iniciación de niños* requiere este marco pastoral para lograr su verdadera fecundidad, la continuidad del proceso y la inserción en la vida de la comunidad. La mayoría de las veces, al “terminar” su catequesis, no sabemos como integrar o contener a nuestros niños, pues carecemos de un proyecto pastoral adecuado.

La catequesis inicial de los niños no tiene como finalidad el “tomar la Primera Comunión” o “recibir la Confirmación”, sino que estos sacramentos se integran con toda su virtualidad en el camino cotidiano y permanente de la vida cristiana.

Pero sabemos que, de hecho, entre nosotros esto no es así; tradicionalmente o como expresión de la “piedad popular” la gente nos pide “la catequesis para la comunión”, sin tener idea de lo que es una *iniciación cristiana* o de la necesidad de un proceso serio y profundo de formación en la vida de discípulos de Jesús. Sin embargo, no debemos lamentarnos; la gente se acerca con fe incipiente, pero con fe al fin, y recibimos su pedido con alegría, “con entrañas de misericordia” (NMA, 10-11). Tomamos su “búsqueda de Dios” como punto de partida de un *itinerario catequístico gradual y permanente* que iniciamos juntos, para conducir, como meta, al “pleno encuentro con Jesucristo”.

Dentro del panorama de la catequesis de niños, debemos cuidar la necesaria *evangelización de las familias*, para que las mismas puedan acompañar a sus hijos en el

proceso catequístico. Al respecto no debemos olvidar todo lo afirmado por el episcopado argentino en *Juntos para una Evangelización Permanente* sobre la *catequesis familiar* (Cf. *JEP*, 77-81; 94). Sabemos que hay muchos problemas por la situación social, moral y religiosa de nuestros feligreses, y éstos plantean verdaderos desafíos hoy a la catequesis familiar. Pero evangelizar a la familia es uno de los grandes desafíos de la Nueva Evangelización (Cf. *NMA*, 97a). La catequesis familiar como método necesita hoy un replanteo y una seria adaptación a la cultura reinante. Debe ser un verdadero proceso de iniciación cristiana de adultos.

Debemos dar un lugar importante en nuestra práctica pastoral a la *catequesis de adultos*, “forma principal de la catequesis” (Cf. *CT*, 43). Hoy más que nunca es necesaria una *reiniciación de los adultos* en la vida cristiana, mediante un verdadero proceso evangelizador y catequístico en estilo catecumenal, buscando su integración en la comunidad. Al respecto hay que atender lo que sugieren varios documentos de la Iglesia sobre las *pequeñas comunidades* como ámbitos propicios para vivir y madurar en la vida cristiana (Cf. *ChL*, 26, 29; *EiA*, 41).

Otro tema de preocupación fundamental es el de la *formación de los catequistas*. Hay en nuestras comunidades un fuerte reclamo de ello, tanto para el ámbito parroquial como para el escolar. Ciertamente la comunidad parroquial es lugar primero e insustituible para esta formación. Pero es insuficiente. Nuestro anhelo es que, a la brevedad, las zonas pastorales con sus pastores, con el apoyo y orientación de la Junta Diocesana de Catequesis, puedan implementar seminarios y programas formativos presenciales y a distancia. La Junta Diocesana de Educación también esta programando instrumentos de formación para los catequistas de las escuelas.

Queridos catequistas: el Espíritu Santo haga fecunda la generosa y abnegada tarea que realizan. En la entraña misma de la espiritualidad del catequista están la paciencia y la confianza en que es Dios mismo quien hace que la semilla de la Palabra de Dios que ha sido sembrada en tierra buena y labrada con amor, nazca, crezca y de fruto.

En María encontremos el modelo espiritual para impulsar y consolidar nuestra labor desde la fe, la esperanza y la caridad. Que por intercesión de María, “Virgen de Pentecostés”, brote en nuestra Iglesia diocesana una fuerza nueva para engendrar hijos e hijas en la fe y educarlos hacia la plenitud en Cristo.

+ Luis Armando Collazuol
Obispo de Concordia

[Regresar a Página de Homilias - Carta - Mensajes](#)